La

Ocasión por los

Cabellos

Moran

23

LA OCASION POR LOS CABELLOS.

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

Y VARIOS METROS,

POR

Don Gerónimo Morán.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

INTERLOCUTORES.

DOÑA INOCENCIA.
DOÑA LEONOR.
ISABEL.
DON FERNANDO.
DON ENRIQUE.
DON LUIS.
DON MANUEL.
FERMIN, *criado antiguo de Doña Leonor.*

La escena es en Madrid.



ACTO PRIMERO.

Vista del Prado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INOCENCIA. ISABEL.

Isabel. Mamá, mamá, la cogí;
(Corriendo hácia doña Inocencia con una mariposa en la mano.)
¡qué bonita mariposa!
D.ª Inoc. Yo pensé que era otra cosa:
tanta bulla!... ven aqui.
Isabel. Verde, azul... este es mejor:
¡qué morado tan subido!
asi quiero yo un vestido:
¿no es un bonito color?
D.ª Inoc. ¿Pero por una simpleza
asi levantas el grito?
Lo he dicho ya, de chorlito
tiene esta hija la cabeza.
Gritando como una loca,
nada menos que en el Prado,
sitio apenas frecuentado...
Isabel. Pues qué ¿no he de abrir la boca?
Ademas que tan temprano
nadie por aqui pasea...
D.ª Inoc. Mas que el que gozar desea
las mañanas del verano.
Por mas que la diga yo
en haciendo ella su gusto...
Isabel. ¡Ay! ¡ay¡
D.ª Inoc. ¡Jesus! otro susto.
¿Qué es eso?
Isabel. Se me escapó.

ESCENA II.

LAS PRECEDENTES Y D. ENRIQUE.

D. Enr. Señoras...
D.ª Inoc. Haya trastuela:
dije que iba á venir gente,
y ella como una demente...
Isabel. Mírela usted como vuela.
D.ª Inoc. ¿Estás ya, niña, contenta?
Vale Dios que es un amigo.
D. Enr. Y sabe usted que conmigo...
D.ª Inoc. Puede ser que se arrepienta.
D. Enr. Es preciso perdonar...
Isabel. D. Enrique dice bien.
D. Enr. Pero sepa yo tambien...
Isabel. Nada: que viendo volar
una linda mariposa
tan vivaracha, tan bella!
empecé á correr tras de ella...
me parece que no es cosa
de regañar... si usted viera
de sus alitas el brillo,
y el rojo y el amarillo,
lo mismo que yo corriera.
Azul, verde y de coral
era el cuerpo, y tan chiquita...
no se encuentra mas bonita
en la historia natural.
D. Inoc. Eso es, hermosa pintura,
Convence al mas obstinado...
D. Enr. Délo usted por acabado:
si aun es una criatura.
En sus megillas rebosa
todo el candor infantil:
ahora es capullo de abril,
deje usted que se haga rosa.
D.ª Inoc. Defendeis soberbiamente
á vuestra dama, doncel.
D. Enr. La está tan bien á Isabel
cualquiera juego inocente...

encierra delicia tanta
lo mismo que usted condena...
ese candor enagena,
esa sencillez encanta.

Isabel. D. Enrique...

D.ª Inoc. Adulador,
siempre lo mismo.

Enrique. No adulo,
ni miento, ni disimulo;
ni hago siquiera favor.
Pero vamos á otra cosa.
¿Cómo hallo á ustedes aqui
tan de madrugada?

D.ª Inoc. Ví
la mañana tan hermosa,
y la quise aprovechar.

Enrique. ¿Y hácia dónde tau temprano?

D.ª Inoc. A un sitio no muy lejano;
á Atocha...

Enrique. Si acompañar
puedo á ustedes...

Isabel. ¿Por qué no?

Enrique. Tendré suma complacencia
en que usted doña Inocencia
me permita...

D.ª Inoc. Siendo yo
la favorecida en esto
¿negárselo á usted pudiera?
haga usted lo que usted quiera...

Enrique. Soy de ustedes...

Isabel. Presto, presto...

Enrique. Cuando ustedes gusten...

D.ª Inoc. Vamos:
pero... ¿no veis como sube
de aquella parte una nube
hácia aqui? si nos mojamos
será graciosa en verdá
nuestra partida...

Enr iqu Ya pasa.

D.ª Inoc. ¿Nos volveremos á casa?

Isabel Vamos á Atocha, mamá.

ESCENA III.

D. FERNANDO, *solo.*

Bellísima de noche, y no menos encantadora de dia! Sí, es la misma con quien hablé ayer en el baile. La señora que la acompaña es su madre sin duda: ¡si pudiera hacerme un buen lugar con ella!... Ahora mismo pudiera hablarlas con cualquier pretesto, pero como no van solas... Recapacitemos. Parece que se dirigen hácia Atocha: el calor de esta mañana es escesivo... y será un milagro si no caen algunas gotas de agua. La casa de mi amigo Teodoro está aqui á la mano: casi puedo subir y bajar sin perderlas de vista mas que por el corto momento que permanezca en la casa: ¡buen pensamiento!

ESCENA IV.

D. LUIS Y D. MANUEL.

D. Luis. No sigamos mas adelante; mi madre y mi hermana han salido á dar un paseo hasta Atocha y facilmente pudiéramos encontrarlas.

D. Manuel. Y eso ¿qué importa?

D. Luis. Mucho, si hemos de llevar á cabo lo que he propuesto á usted.

D. Manuel. ¿Con que tú te empeñas en que demos ese chasco á mi hermana?

D. Luis. Sí, tio; él solo puede curarla de la necia manía que la pone en ridículo.

D. Manuel. Tambien yo tengo deseos vivísimos de que mi hermana deje de ser el juguete de todos los pisaverdes de Madrid, y de asegurar al mismo tiempo la felicidad de mi sobrina; pero siento en el alma que hayamos de apelar á una farsa ridícula para escarmentarla.

D. Luis. ¿Y qué otro remedio mas eficaz podriamos hallar en poco tiempo? Se trata de casar á mi hermana Isabel con un joven de mérito que la adora ciegamente; mi madre envanecida con la esperanza

de la herencia y con la decidida proteccion de usted, no parece que hace muchos esfuerzos para que esta boda se verifique; antes sí por el contrario no piensa en otra cosa mas que en estraviar la razon de su hija, haciéndola perder su amable sencillez con locos y pueriles devaneos. Ya ve usted que de este modo Enrique se cansará infaliblemente; vendrá otro y tras este otros mil y mil, y todos se aburrirán de la misma suerte. Ademas, prescindiendo de todo lo dicho, nosotros estamos obligados á evitar que mi madre labre la infelicidad de Isabel con sus necios caprichos.

D. Manuel. Efectivamente, sí, son justísimos tus temores: pasarán años y mas años, y al cabo de ellos habremos sacado en limpio que tu hermana no será mas que una tontuela, condenada como su madre á ser toda su vida el hazme reir de los muchachos.

D. Luis. Y lo peor del caso es que ya ha empezado á caminar ciegamente por esa senda.

D. Manuel. Pues á ello, querido mio: piensas con tanta madurez como un anciano, y quiero por lo mismo darte gusto. Haré el papel mas estrambótico que me propongas, con tal que consigamos cortar el mal de raiz. Yo ahora, en vez de dirigirme á vuestra casa, me hospedaré en la de un amigo, y desde allí tendré el gusto de observar el final del enredo.

D. Luis. Muy bien, tio mio, el cielo premiará á usted los beneficios que tan generosamente nos dispensa.

D. Manuel. Y entretanto puedo irme preparando á sufrir con resignacion las maldiciones de tu madre y la multitud de sarcasmos con que me honrará á no dudarlo, luego que la hagas saber la peregrina noticia que has forjado.

D. Luis. Pero despues tambien será todo compensado con la satisfaccion que siempre acompaña á la virtud, y con las cordiales bendiciones que le prodiguemos á usted los agradecidos. — ¡Hola! una tapada... sin duda es forastera: el traje, la curiosidad...

D. Manuel. Y parece que se dirige hácia nosotros.

D. Luis. No quiero detenerme; voy á poner en planta nuestro negocio.

D. Manuel. Espera: despues nos sobra tiempo para todo: ahora estate un rato aqui conmigo hasta ver que da de sí esta que se presenta con visos de aventura. (*Retíranse á un lado. Doña Leonor sale por el opuesto hablando con Fermin.*)

ESCENA V.

DICHOS. DOÑA LEONOR. Y FERMIN.

D.ª Leon. ¿Llegamos al Prado en fin?
Fermin. Sí señora, este es el Prado
de todos tan celebrado...
D.ª Leon. No sin justicia, Fermin.
Fermin. La fuente que alli se ve
cercada de mil toneles,
es la fuente de Cibeles.
D.ª Leon. ¿Y esta de aqui?
Fermin. Yo no sé;
los cuatro tiempos acaso:
la de Neptuno es aquella.
D.ª Leon. Hermosa vista, muy bella!
pero alarguemos el paso.
¿No ves dos hombres alli?
Fermin. Es verdad, sí; preguntemos.
D. Man. Ya se acercan, esperemos.
D. Luis. Gentil talle.
D. Man. Cierto, sí.
D.ª Leon. Dispènsadme, caballeros;
¿decirme acaso podeis?...
D. Luis. Señora, aqui nos teneis
dispuestos á obedeceros,
D.ª Leon. Ceremonias remitid:
os lo suplico...
D. Man. Por Dios
no las usamos los dos
aunque nos veis en Madrid,
mandad y sereis servida.
D.ª Leon. Esta carta lo dirá:
sí, ¿la calle de Alcalá?

D. Man. Cruzad por esa subida.
Fermin. ¿Hácia la derecha?
D. Man. No.
Fermin. ¿Será la izquierda?
D. Man. Pues, sí:
despues torceis hácia alli...
D. Luis. Pues que en ella vivo yo,
si no hallais iuconveniente,
acompañaros podré...
D.ª Leon. Muy bien, lo agradeceré.
Siento ser impertinente.
D. Luis. Disculpa hallais en el trage
que anuncia una forastera...
mas aun cuando asi no fuera...
D.ª Leon. Es cierto, vengo de viaje.
Fermin. Abreviemos las razones
preguntando de una vèz:
¿dónde vive, diga usted
doña Inocencia Quiñones?
D. Man. ¡Mi hermana, tu madre, Luis!
D.ª Leon. ¡Qué oigo! ¿será cierto acaso?
ya de impaciencia me abraso:
¿es verdad lo que decis?
¿Hermano de esa señora
sois vos?
D. Man. Servidor de usted.
D.ª Leon. Casualidad: esta vez
á vos buscaba.
D. Man. En buen hora.
D.ª Leon. Aunque de ustedes me fio,
espero que no os asombre
que pregunte vuestro nombre.
D. Man. Manuel, señora, es el mio.
Pero atended, en Madrid
no vivo yo...
D.ª Leon. Se confirma:
¡qué gusto, oh Dios! esta firma
la conoceis? advertid.
(*Enseñándole una carta.*)
D. Man. Sí por cierto, la conozco:
de un mi amigo de Granada,
Jacinto de...

D.ª Leon. ¡Afortunada!
Sí, don Jacinto de Orozco.
A vos el mismo me envia.
D. Man. Somos los dos muy amigos. (*Pausa.*)
¿Qué os detiene, estos testigos?
podeis hablar á fé mia
delante aqui de los dos.
D. Luis. Me retiro sin embargo.
D. Man. ¿Vas á cumplir con tu encargo?
D. Luis. Cabalmente: adios...
D.ª Leon. }
D. Man. } Adios.

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR. D. MANUEL. FERMIN.

D.ª Leon. Esta carta, don Manuel,
mi triste cuita os dirá,
ella al corriente os pondrá
de mis degracias: ¡cruel!

(*Da la carta á D. Manuel; mientras este la lee doña Leonor continúa representando.*)

olvidar su juramento
abandonar á su esposa,
á quien por él no reposa
tan solo un breve momento.
Este era todo su amor...
¡Para esto quiso de mi alma
alterar la dulce calma
para entregarla al dolor!
Burlarse de mi virtud...
¡verme de amor estraviada
y dejarme abandonada!...
¡es horrible ingratitud!
Fermin. Siempre en continuo lamento,
y gimiendo y suspirando,
y las penas recordando
que la causan mas tormento.
Al traste va á dar con vos
ese ahogo, esa agonia:
enjugad, señora mia,

tantas lágrimas por Dios.
D. Man. Sí, contened ese llanto,
que ya hallaremos el medio
de poner pronto remedio
á tan acerbo quebranto.
He visto la carta, y sí,
soy el mismo á quien buscais;
ved, señora, qué mandais,
hallareis un siervo en mí.
D.ª Leon. ¡Ah! don Manuel, todo, todo
de vuestro buen corazon
yo lo espero, D. Jacinto
por eso á vos me envió,
y no en vano ciertamente
vuestra honradez me ensalzó.
D. Man. Yo solo cumplo, señora,
una justa obligacion.
D.ª Leon. Lo que es un deber en otros
es una virtud en vos.
D. Man. A ellos les haceis justicia,
á mí me haceis un favor:
mas cesen los cumplimientos.
D.ª Leon. Teneis, don Manuel, razon.
Ahora bien, sabed mi cuita,
bien lastimosa por Dios.
Poco mas hará de un año
que el matrimonio me unió
á un joven que me adoraba
con frenética pasion.
Todo este tiempo adormidos
en blandos sueños de amor,
mi vida era de mi esposo,
su existencia de Leonor;
y entregados mútuamente
á tan plácida ilusion,
fuera de alli ya no habia
mas gustos para los dos.
¡Quién lo creyera! el ingrato
bien temprano se cansó
de mi cariño, y faltando
á la fé que prometió,
huyó ¡ay triste! de mi lado

dejando mi corazon
entregado á la amargura
de tan acerbo dolor.
¡Desgarradora memoria!
pasó mi dicha veloz
como chispa que en los aires
espira apenas brilló.

D. Man. Calme la dulce esperanza
de una vez tanta afliccion:
vuestro esposo arrepentido...

Fermin. Tiene don Manuel razon:
inútil es ya ese llanto.
Nunca que ahora mejor
debiera usted alegrarse;
sabe usted que mi señor
está en Madrid, y á la mano
tiene la bella ocasion
de buscarle; y ademas
quien le encage su sermon
correspondiente, pues digo
pudiera usté estar mejor.
No se pasan cuatro dias
y ved que lo digo yo,
sin que esté ya vuestro esposo
(casi me da compasion)
á vuestros pies humillado
para alcanzar su perdon,
como lo está un penitente
contrito ante el confesor.

D.ª Leon. Con menos me contentara.

Fermin. Pues mas habrá, menos no.

D.ª Leon. Plegue al cielo que tú aciertes.

Fermin. Nunca, señora, erré yo.

D. Manuel. Tambien yo por mi parte os pronostico doña Leonor, la misma suerte, y no dudo que se cumplirán nuestros pronósticos. Una próxima reconciliacion debe aseguraros para siempre el cariño de vuestro esposo, y yo, permitid que me jacte de ello, soy muy á propósito para reconciliaciones. Pero sin duda vendreis muy cansada y habreis menester reposo. No puedo conduciros, y lo siento, á casa de mi hermana...

D.ª Leonor. ¿La misma señora por quien yo tuve el acierto de preguntaros?

D. Manuel. Cabalmente.

D.ª Leonor. En vuestra casa de Aranjuez, donde como era regular os he buscado primeramente, me dijeron que estábais en la corte, y que siempre que veniais á ella os hospedabais en casa de esta señora.

D. Manuel. Y os dijeron muy bien; pero ahora hay un pequeño inconveniente que lo impide. Me veo en la precision de ocultar por algunos dias á mi hermana mi permanencia en Madrid; mas sin embargo tendré entre tanto el honor de presentaros en casa de otro pariente mio, donde espero que recibais de su esposa todos los oficios de una buena amiga. No nos detengamos: esas nubes tienen traza de descargar toda su furia en este sitio.

D.ª Leonor. No quisiera serviros de molestia.

D. Manuel. Estoy á vuestras órdenes.

D.ª Leonor. Sí, vamos, don Manuel, con eso os quedaré doblemente agradecida.

ESCENA VII.

FERMIN, *solo.*

¡A Madrid viene á buscar
un marido calavera!
mas facil contar la fuera
las arenas de la mar.
Apuesto á fé de Fermin
que el tal señor se ha casado
aqui otra vez, y ha marchado
á casarse otra á Pekin.
Todo en el mundo asi va:
si una muger se atropella
por su esposo, él por no vella
á los infiernos se irá,
y si al marido le da
por amar fiel á su esposa,
ella á fuer de melindrosa,
ni en invierno le querrá.

ESCENA VIII.

DOÑA INOCENCIA. ISABEL. ENRIQUE.

D.ª Inoc. Vamos: mas aprisa; vamos,
que está algo lejos la casa;
y si el tiempo se nos pasa
no hay remedio, nos mojamos.
Eso, es, asi despacito:
nunca vi tanta cachaza:
¿no veis cuál nos amenaza
ese nubarron maldito?
yo la mantilla de encaje,
y tú el vestido de gró!
por vida de que sé yó!
que hemos echado un buen viage.
Y el sombrerillo, Isabel,
y el chal que costó diez duros...

D. Enr. ¡Oh qué tremendos apuros!
Cierto que el lance es cruel!
¿Quién diablos imaginára
que el tiempo asi se pusiera?

Isabel. Y si á lo menos hubiera
un quitaguas...

D. Enr. Yo volára
por él, ¿pero cómo asi...
Dejando á ustedes?

D.ª Inoc. Qué veo!
atravesando el paseo
un joven corre hácia aqui...
y bien armado, mirad...

Isabel. Qué diligente, qué listo!
No ve usted?

D. Enr. Sí, ya la he visto.
(Maldita casualidad!)
Apresurémonos, él
viene sin duda á ofrecerse.

D.ª Inoc. Ya llueve, no detenerse:
dame tú el brazo, Isabel.

ESCENA IX.

D. FERNANDO, *con un paraguas en la mano.*

Bien hice en esta ocasion
en acudir á mi amigo:
ya comienza el chaparron:
(Desde la conclusion de la escena anterior habrá ido la lluvia aumentándose gradualmente.)
paraguas! yo te bendigo.
(Abriendo el paraguas.)
Vuelo hácia ellas: esto es hecho.
El momento es oportuno,
si pasa y no le aprovecho
ya no aprovecho ninguno.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante de la casa de doña Inocencia.

ESCENA I.

ISABEL. D. ENRIQUE.

(En esta escena debe contrastar la sencillez de Isabel con la exageracion de D. Enrique.)

Isabel. Ya lo ois, mi madre rígida
su autoridad
á todo trance hacer válida
quiere, marchad.
D. Enr. Tu voz que era un dulce bálsamo,
bella Isabel,
hora me despide... ay mísero!
dura y cruel?
Isabel. Mover no he podido á lástima
su corozon;
nada han valido mis súplicas,
mi intercesion.
Mas qué importa de sus órdenes
todo el rigor?
son sus esfuerzos inútiles
contra el amor.
D. Enr. Quieres que yo te dé crédito,
muger sin fé,
despues que me engañas pérfida?
Isabel. Pero, por qué?
no intervine hasta con lágrimas?
pude hacer mas?
D. Enr. Lo que pasó la noche última
lo olvidarás?
y cuando aquel mismo incógnito
se presentó

en el prado tan solícito
no le ví yo?
Pero, ay! que tema mi cólera!
tu falso amor
le va á hacer muy pronto víctima
de mi furor.

Isabel. Estoy confundida, atónita,
de oiros hablar.
Pareceis un energúmeno...
Me haceis temblar.
Dejad ya ese tono trágico...
Qué frenesí!

Enrique. Una pasion tan volcánica,
¿se apaga asi?

Isabel. Si no hablais en otros términos
me marcharé;
sois de condicion muy áspera...

Enrique. Sí, alejate.

Isabel. Formamos lindo espectáculo
aqui los dos;
si oyera mamá este diálogo...
A Dios, á Dios.

ESCENA II.

D. ENRIQUE. *solo.*

¿Y condenas asi á bárbaro,
fiero dolor,
á un hombre que ciego idólatra
es de tu amor?
¿Cómo esos labios de púrpura
pueden mentir?
¿Cómo ese rostro tan cándido
sabe fingir?
Mia es la culpa, ¿tus lágrimas
debí creer,
sabiendo que no eras la única
falsa muger?
Pero eras tan bella.... acuérdome...
¡Triste de mi!
¡Ay!, Los celos son diabólicos!

Huyo de aquí.
(*Marchándose apresurado.*)

ESCENA III.

D. LUIS. D. ENRIQUE. (*Al salir D. Luis detiene á D. Enrique.*)

D. Luis. ¿A donde desesperado
vais, Enrique, de esa suerte?
¿Quién os causa tal enfado?
D. Enr. Apartad, D. Luis á un lado.
D. Luis. ¿A quién buscais?
D. Enr. A la muèrte.
Vengo huyendo de una infiel.
¡Ay, D. Luis! cuando sepais
que vuestra hermana, cruel,
me ha despedido....
D. Luis. Isabel!
De confusion me llenais.
Con vos mi hermana altanera?
Enrique! qué me decis?
Será posible....
D. Enr. Pluguiera
al cielo que no lo fuera,
mucho me holgara, D. Luis.
Isabel de amor agena
en este sitio me habló.
D. Luis. Mi madre es la que os condena.
D. Enr. Eso mi dolor no enfrena.
D. Luis. Pues á aplacarle voy yo:
el temor vano alejad
que vuestro semblante muestra,
tranquilo ya respirad;
sereis feliz....
D. Enr. Acabad....
D. Luis. Pronto Isabel será vuestra.
D. Enr. Con esa esperanza en vano
quereis, D. Luis, mitigar
este tormento inhumano.
Ah! me abrasa un fuego insano.
D. Luis. Quereis dejarme acabar? (*Impacientado.*)
D. Enr. Con sus muchos amadores

ufana y con su belleza,
paga aleve mis favores
solo con crudos rigores...

D. Luis. Se os trastorna la cabeza?

D. Enr. Mi labio en vano procura
decir con fuego elocuente,
que recuerde mi ternura.
No me escucha la perjura!

D. Luis. D. Enrique, estais demente.
Qué estravagante pasion
os sugiere ese lamento?
Qué novelesca ilusion?...

D. Enr. Destrozador pensamiento!
Se me abrasa el corazon!

D. Luis. Tengo mil cosas que hacer;
vos no estais para escuchar...

D. Enr. Oh fementida muger!

D. Luis. Si os oigo mas delirar
voy la paciencia á perder.

ESCENA IV.

D. ENRIQUE, *solo.*

Con ardiente frenesí
á pesar de tu desvío,
yo, Isabel, te adoro, sí:
tu me desprecias, bien mio;
yo muero de amor por tí.
No en tanta cuita me deja
ay! por piedad, de tus ojos
esa indiferencia aleja,
duélete al fin de mi queja,
calma, hermosa, mis enojos.
Perdido mi suplicar!
Perdido tambien mi lloro,
mi cariño, mi anhelar!....
Y yo, insensato, la adoro!
Y no la puedo olvidar!...

ESCENA V.

Salen por el fondo DOÑA INOCENCIA *y* D. LUIS.

D.ª Inocencia. Apenas lo creo, Luis; un hombre como tu tio D. Manuel.

D. Luis. Que usted lo crea ó lo deje de creer no por eso es menos cierto.

D.ª Inocencia. Casi, casi, se me figura imposible; tu quieres chancearte.

D. Luis. Lo que á usted se la figura imposible es que se hayan disipado asi tan facilmente sus castillos en el aire.

D.ª Inocencia. Casarse á los sesenta y tres años!

D. Luis. Si señora, á los sesenta y tres años se ha casado, y con una muchacha de diez y nueve. Tiene esto algo de particular?

D.ª Inocencia. Si digo que tú te has empeñado en volverme loca.

D. Luis. Y por mas señas que la niña no lleva trazas de ser infecunda.

D.ª Inocencia. Cómo!

D. Luis. Hace poco tiempo que contrajo el lazo indisoluble y...

D.ª Inocencia. Qué dices? y acaso está ya... (*Con muestras de sorpresa.*)

D. Luis. Estuvo; hace diez dias que ha dado á luz un robusto infante.

D.ª Inocencia. No lo creo, no lo puedo creer; mi hermano nos hubiera dado parte.

D. Luis. Qué parte, ni qué calabaza! El hecho es que se ha casado, que ha tenido legítima sucesion, y que en su consecuencia, mi hermana Isabel tiene que renunciar á los doblones de su tio.

D.ª Inocencia. Te burlas, Luis...

D. Luis. Vamos está visto; usted se ha empeñado en no dar crédito á mis palabras, necesita usted documentos justificativos, pues bien: esta carta... (*Entregándosela.*)

D.ª Inocencia. (*Mirando la carta con muestras de alegria.*) Su letra! sí, efectivamente... Alguna bue-

na, y tu has querido prepararme de modo que me sea mas agradable y sorprendente.

D. Luis. Tal vez: lea usted.

D.ª Inocencia. «Aranjuez 6 de junio de 1836.—Querida hermana, salud: supongo que ya habrá llegado á tus oidos la grata noticia de mi matrimonio y del feliz alumbramiento de mi consorte...» (*Dejando de leer enfurecida.*) —Alumbráran tu boda las luces del infierno, vegete de los diablos...

L. Luis. Qué estremos son esos, madre?

D.ª Inocencia. Déjame en paz; tu, tu tienes la culpa de todo... Pobre muchacha! ya se desvanecieron nuestras esperanzas... (*Gritando.*) Isabel! Isabel!

D. Luis. Qué va usted á hacer?

D.ª Inocencia. Y á tí qué te se importa? Voy á llamar á mi hija: quiero que lo sepa, quiero que desahogue conmigo su furia contra ese hombre malhechor.

D. Luis. Qué diantres está usted diciendo? Malhechor un hombre que se casa?

D.ª Inocencia. Si señor, y no me vuelvo atras; es un infame, un hombre ingrato, que olvida sus promesas, falso, hipócrita, aleve, fementido...

D. Luis. A dónde irá usted á parar con ese diluvio de injurias? Tranquilícese usted, madre mia. Esto no es otra cosa que una leccion que nos ha querido enviar el cielo; perdóneme usted si la digo francamente las verdades: usted ha hecho de su hija una coqueta.

D.ª Inocencia. Y quién te mete á tí en...?

D. Luis. Déjeme usted continuar; Isabel ha despedido por usted una infinidad de amantes que pudieran haber labrado su felicidad.

D.ª Inocencia. Qué entiendes tú de felicidades? Sabes acaso en lo que consiste la felicidad de una muger?

D. Luis. No se trata ahora de eso; hablemos con formalidad: mi tio ha faltado á sus promesas.

D.ª Inocencia. ¡No me lo recuerdes!

D. Luis. Ha faltado á sus promesas; yo no faltaré á mis obligaciones. He jurado pasar al lado de mi madre y de mi hermana todo el tiempo que las sea necesario, y sabré cumplir mi juramento.

D.ª Inocencia. Eso es; prosigue, prosigue: qué valen tus beneficios si siempre nos los estás echando en cara? Bien me decia mi difunto Julian, cria cuervos...

D. Luis. Por Dios, madre; lejos de mí la idea de exagerar mis beneficios; bien sabe el cielo la fuerza que me hago para recordárselos á usted. Pero es preciso que cerrando los oidos á la voz de sus caprichos, escuche usted tan solo la de la necesidad. Yo no soy eterno; todo el misterio se halla encerrado en esas breves palabras y usted está en el caso de reconocer toda su fuerza. Es indispensable que Isabel se fije de una vez.

D.ª Inocencia. Afortunadamente no está muy distante de ello, y entonces puedes seguir el ejemplo de tu tio, y casarte, y...

D. Luis. Entonces como siempre haré lo que sea de justicia; pero vamos á lo de ahora. Enrique es un joven muy fino, acomodado, la adora con esceso, y usted sabe muy bien que sus favores no le eran á mi hermana indiferentes: si la boda no se ha efectuado, usted ha sido la única que ha tenido la culpa.

D.ª Inocencia. Si señor, y cada dia encuentro nuevos motivos para alegrarme de mi bien entendida oposicion: Isabel no puede ser de D. Enrique.

D. Luis. Cómo! por qué?

D.ª Inocencia. Por la sencillísima razon de que va á ser de otro no tardando mucho.

D. Luis. Sepamos quien es ese nuevo pretendiente?

D.ª Inocencia. Es un joven tan joven como D. Enrique, mas fino que D. Enrique, y mas acomodado que D. Enrique....

D. Luis. Basta, basta. (A Dios con mil diablos; dióse al traste con todo nuestro embrollo. *Aparte.*)

D.ª Inocencia. Qué estás murmurando? Pues sí señor, en todo sobrepuja á D. Enrique. Se llama D. Fernando, es granadino.

D. Luis. Buena recomendacion.

D.ª Inocencia. Gracioso en estremo.

D. Luis. Lo creo.

D.ª Inocencia. Amable.

D. Luis. Mas que D. Enrique?

D.ª Inocencia. Sí señor; mas amable que D. Enrique.

D. Luis. Y dispuesto como D. Enrique á dar en la iglesia con toda su amabilidad?

D.ª Inocencia. Todavia no hemos llegado á ese punto... pero me parece que no escupiria la boda; y sino ahí está tu hermana que no me dejará mentir. Isabel, Isabel! (*Llamando.*)

D. Luis. No será fuera de propósito que deje á ustedes solas. Una vez que usted se ha empeñado en desahogar su enojo...

D.ª Inocencia. No señor; yo no quiero ya sino que usted sepa de boca de su hermana que D. Fernando está pronto á casarse con ella.

D. Luis. Despues; sí, despues que ya estarán ustedes mas tranquilizadas; con que hasta luego.

ESCENA VI.

DOÑA INOCENCIA, *sola.*

(*Le sigue hasta la puerta recitando los dos primeros versos, y vuelve á la escena.*)

Tanta precipitacion!
No te marches; oye, espera...
—Si rodáras la escalera
hasta el último escalon!
Por fuerza se ha de ajustar
la madre á sus opiniones
sin atender mas razones
que su modo de pensar.
Pero ya se ve... bien visto
no opina del todo mal...
la noticia es tan fatal
que no estraño que ande listo.
Mas qué me importa Manuel?
Eso quiere él, que me aflija.
Qué diantres hará mi hija?
vuelvo á llamarla... Isabel!

ESCENA VII.

DOÑA INOCENCIA ISABEL.

Isabel. Me llamaba usted, mamá?
D.ª Inoc. Sí, te llamaba, hija mia.
Darte una nueva queria
poco agradable en verdá.
Isabel. De don Fernando tal vez.
(*Con indiferencia.*)
D.ª Inoc. Continuamente anhelando
que se hable de don Fernando.
Isabel. Mucho es que lo estraña usted.
D.ª Inoc. Yo estrañarlo? no, al contrario;
me has visto con él adusta?
Un grado menos me gusta
don Enrique, su adversario;
que el tal hombre me encocora
con su lamento importuno.
Isabel. Pues mire usted cual ninguno
sé yo, mamá, que me adora.
D.ª Inoc. El te idolatra, quizá;
mas tú le has ido olvidando,
por querer á don Fernando.
Isabel. Aprension de usted, mamá.
D.ª Inoc. No son aprensiones, no;
él cautivó tu albedrio
y depusiste el desvío:
piensas que lo ignoro yo?
Y lo alabo, que es muy justo
poner alegre el semblante
cuando se encuentra un amante
que ha llenado nuestro gusto.
Y él es muy buen mozo, sí;
y, qué elegante, qué atento!
yo te digo lo que siento,
es digno, Isabel, de tí.
Isabel. Y muy digno, lo confieso;
tiene usted mucha razon:
mas me dice el corazon...
D.ª Inoc. Ahora salimos con eso?...

Siéntate conmigo aquí.
(*Las dos se sientan.*)
Isabel. Pero, qué es lo que ha pasado?
D.ª Inoc. Nada: Manuel se ha casado.
Isabel. Mi tio?
D.ª Inoc. Tu tio, sí.
Isabel. Qué me dice usted, es cierto?
quién habia de creer?
D.ª Inoc. Puedes esta carta ver.
(*Mientras Isabel lee doña Inocencia representa.*)
Si al menos se hubiera muerto...
yo que cifraba en la herencia
mi esperanza del bien tuyo.
Isabel. Un capricho como el suyo!...
(*Dejando de leer y riéndose. Don Fernando entra al mismo tiempo.*)

ESCENA VIII.

LAS PRECEDENTES. D. FERNANDO.

D. Fern. Isabel... Doña Inocencia...
D.ª Inoc. A propósito, venid,
(*Se levantan. Don Fernando en toda esta escena, y mas particularmente al principio, debe hablar con precipitacion.*)
llegais, amigo, en buen hora...
D. Fern. Soy siempre vuestro, señora,
en Granada y en Madrid.
En esto mis dichas fundo
y en el amor de Isabel;
si ella jura serme fiel
quién tan feliz en el mundo
como yo?
Isabel. Tanto favor...
D. Fern. Favor, hermosa! es justicia,
toda, toda mi delicia
cifro, Isabel, en tu amor.
Tu cariño, tu virtud,
tu candor y tu hermosura
te hacen, Isabel mas pura
que la lozana verdura

del bello suelo andaluz.
Oscurece al mismo sol
de tu hermoso rostro el brillo;
y de ver me maravillo
en ese ademan sencillo
todo el donaire español.
En las risueñas orillas
del apacible Genil
cuando entapiza el abril
sus bordes de flores mil,
blancas, rojas y amarillas;
en brazos alli del sueño
cuántas veces, bella mia,
admiró mi fantasía
toda la luz que me envia
hora ese rostro halagüeño.
Que tu imagen en mi seno
sin haberse visto estaba,
y era de un volcan la lava,
un martirio que adoraba
de amorosa inquietud lleno.
Te busqué en la soledad
y en ella no te encontré:
maldige, desesperé,
y aqui á la corte volé,
y aqui encuentro mi deidad.
Y cuando en el baile ví
tus celestiales primores
que ofuscaban los colores
de las gasas y las flores
no sé, Isabel, que sentí.
y tú suspirar me viste
cual tambien ahora me ves,
me viste, hermosa á tus pies.
(*Arrodillándose.*)

D.ª Inoc. Eso es, á lo vivo, pues.
D. Fern. Quién á su hechizo resiste?
(*Se levanta.*)
D.ª Inoc. Moderad de amor el fuego.
D. Fern. Me es imposible, señora.
D.ª Inoc. Pues si lo haceis todo ahora,
qué dejareis para luego?

tened la lengua por Dios:
qué charlar, Dioses eternos!
con esos piropos tiernos
nos aturdís á los dos.

D. Fern. No me decís, Isabel,
si os he sido indiferente?

Isabel. No os he dicho ya...

D. Fern. Detente:
quieres matarme? cruel!
antes jura que por mí
de amor tu alma se estasía:
no exalta tu fantasía
mi amoroso frenesi?
Por Dios! esa turbacion...
habla tan solo un momento
para aplacar el tormento
que aflige á mi corazon.
Quieres preferir acaso
á un detestable rival?

Isabel. Quién, señor, os dice tal,
mire usted que es fuerte caso!

D. Fern. Pugna en tu pecho inclemente
la inquietud y la zozobra,
tu rostro en vano recobra
serenidad aparente...

D.ª Inoc. Qué indica, di, ese rubor
que tus mejillas colora?
Temes algo?

Isabel. No, señora:

D.ª Inoc. Como cambias de color...
conozco tu incertidumbre
D. Enrique te adoraba...

Isabel. De eso mismo me acordaba...
y darle una pesadumbre...

D. Inoc. Hé aqui la poca esperiencia:
en el siglo diez y nueve
quién á decir tal se atreve...

D. Fern. Brabo, bien, doña Inocencia!
esa franqueza me agrada.

D.ª Inoc. Andaluz mas lisongero...

D. Fern. Menos con vos...

D.ª Inoc. Zalamero.

D. Fern. Señora, usted me anonada.
Pero, Isabel, nada hablais,
decid algo...
Isabel. Y qué quereis?...
D. Fern. Pues distracciones teneis,
que la causa me digais.
Callada como la muerte!
Ah! me condenais á ella:
maldigo mi adversa estrella,
maldigo mi triste suerte!
D.ª Inoc. No sé por qué vacilando
estás en decirnos: «yo
no amo á don Enrique, no,
porque quiero á don Fernando.»
El tu dicha labrará.
D. Fern. Lo juro.
D.ª Inoc. Y que se nos pique
Luis y luego don Enrique.
Isabel. Tiene usted razon, mamá.
D.ª Inoc. Ahora ya bien, don Fernando,
ya que mi gusto sabeis
y que con vuestros favores
queda obligada Isabel,
bueno será que os declare
francamente de una vez
el estado de mi casa
para que luego no andeis...
D. Fern. (Lo que todas: boda al canto.
Por vida de san Gines!
que no piensen mas que en esto
siempre las mugeres!)
D.ª Inoc. Eh?
D. Fern. Perdonad; que me distrage:
continuad cuando gusteis.
Isabel. Pero, madre, á qué viene eso?
D.ª Inoc. Bien lo que me digo sé.
Pero sentémonos.
D. Fern. Bueno.

(*Arrimando sillas: se sientan colocándose en medio doña Inocencia.*)

D.ª Inoc. Antes de todo, sabed
que mi esposo era intendente

el año de veintitres;
pero cambiaron los tiempos,
y retirado en Jaen
murió dejándome viuda;
Dios le tenga en gracia...

D. Fern. Amen.
(Qué sarta de disparates!
qué clásica estupidez!)

D.ª Inoc. Yo poco necesitaba:
solo esta niña: Isabel
era la que me partia
el alma, pues cada vez
que pensaba en nuestro hijo,
en la antigua brillantez
de nuestra casa y veia
el miserable papel
que desde alli en adelante
quedaba obligada á hacer,
me acongojaba de modo...

Isabel Que esas cosas recordeis!

D. Fern. Dejad que se desahogue.
Lo grato que es no sabeis
depositar nuestras cuitas
en un amigo? Isabel,
es un bálsamo tan dulce!...
jamas para una muger
hay un placer que se iguale
á este pequeño placer.

Isabel. No queria decir eso.

D. Fern. Perdonad...

D.ª Inoc. Prosigo pues.
Al cabo de corto tiempo
de monótona insulsez
y vida triste y oscura
tal mi aburrimiento fué,
que á la corte con mi hija
venirme determiné
al lado del otro hijo:
porque sola una muger...

D. Fern. Corre peligro, os comprendo.
Pensasteis con madurez.

D.ª Inoc. No hay decir los obsequiantes

que asediaron á Isabel
desde que ostenta en Madrid
su belleza...

D. Fern. Es de creer.
Ese rostro azucenado
y el labio de rosicler,
y esa hechicera sonrisa
á quién no encantan, á quién?
quién no se rinde á sus gracias?
quién no se arroja á sus pies?
quién no se abrasa de amor
solo en viéndola una vez?

D.ª Inoc. Pretendientes aristócratas
mas de treinta, mas de cien,
eran sus sombras perennes:
ora el conde, ora el marques...
todos *notabilidades*...
con deciros de una vez
que del jardin del buen gusto
era la sola Isabel...

Isabel. Mamá... con vuestro permiso.
(*Avergonzada.*)
don Fernando...

D. Fern. Le teneis.

D.ª Inoc. Si, y arregla aquellas cosas.

Isabel. Hasta luego...

D. Fern. A vuestros pies.

ESCENA IX.

DOÑA INOCENCIA. D. FERNANDO.

D. Fern. (Pues señor, ya estamos solos
el demonio y san Miguel.)

D.ª Inoc. Vaya, son estas muchachas
tan malas de comprender...
si no las adulan, malo,
si las ensalzan, ya veis...

D. Fern. Es muy natural, señora,
el rubor...

D.ª Inoc. Razon teneis:
pues señor, sigo diciendo:

cómo querrá ustéd creer
que á ninguno me inclinaba
de tantos donde escoger
como tenia? ademas
esperabamos tambien
la herencia de un tio suyo,
y por eso hasta no ver
por último en que quedaba,
no quise... me entiende usted?

D. Fern. Entiendo: casarla, es eso?

D.ª Inoc. Casarla; acertasteis, pues.
Pero esta misma mañana
mi hijo Luis me ha hecho saber
el matrimonio del tio;
decano de la vejez,
viejo impertinente y chocho...

D. Fern. No fué mala la chochez...

D.ª Inoc. Cada vez que lo recuerdo...

D. Fern. Vamos, sosiéguese usted.

D.ª Inoc. Me irrito de tal manera.

D. Fern. Señora, qué palidez!

D.ª Inoc. Un calor... ay!... yo me ahogo...
vamos adentro... Isabel!

(*Doña Inocencia habrá ido encolerizándose por grados: al llegar aqui grita y cae desmayada en los brazos de don Fernando que la conduce.*)

D. Fern. Propio paso de comedia
grito y desmayo... pardiez!
líbreme el cielo de madres
por siempre jamás, amen.

ACTO TERCERO.

Este acto pasa todo de noche en el jardin de Apolo. Durante la representacion cruzará alguna que otra vez gente por el fondo.

ESCENA I.

DOÑA LEONOR. D. MANUEL Y FERMIN.

D.ª Leonor. Pronto á casarse con vuestra sobrina!

Fermin. El tal D. Fernando es hombre verdaderamente original.

D. Manuel. Pues me falta todavía deciros lo mejor. Lo mas gracioso del caso es que habiéndose enfriado mucho últimamente el primitivo fuego de su amor para con Isabel, mi hermana, víctima de sus devaneos, ha tenido la debilidad de hacerse mil estrambóticas ilusiones. Cree que ha conseguido flechar á D. Fernando, y que este fluctua por consiguiente entre la madre y la hija.

Fermin. Tan loco es mi señor, que no me atreveria yo á afirmar que la hermana de usted se equivocaba.

D.ª Leonor. Pero no por eso está exento de virtudes.

Fermin. No digo yo lo contrario: tiene un buen corazon... y propension al arrepentimiento. Ya le estoy viendo en presencia de mi señora avergonzado y enternecido.

D.ª Leonor. Me halagan tus vaticinios, Fermin: acaso no te equivoques: présago de ventura me late el corazon. Fernando me amaba con estremo, sabía apreciar todo mi cariño, me ha confiado sin reserva sus mas secretos pensamientos. Cómo es posible que en un tan breve término haya podido borrarse de su pecho una pasion tan acendrada? Sí, me atrevo á asegurarlo; mi esposo reconocerá sus obliga-

ciones... tal vez llorará con lágrimas de arrepentimiento sus estravíos...

Fermin. Y despues ya no la resta á usted otra cosa que desear, sino que esta sea la última de sus inocentes calaveradas.

D. Manuel. Inocentes? no me parece mal su sencillez: pueden ustedes ir haciéndose cargo: olvidar los deberes de un buen esposo...

Fermin. Eso nadie mejor que mi señora...

D. Manuel. Abandonar su casa; venirse á Madrid; buscar nuevos amores; ver á mi sobrina en un baile y apasionarse de ella estrambóticamente, así de buenas á primeras; dar casualmente con una madre tonta que le admite en su casa sin mas ni mas, porque habla mucho y se presenta con modales estrafalarios; y abusar de esta circunstancia embaucándola y haciéndola tambien de vez en cuando sus correspondientes cucamonas; y para coronar la fiesta haber dado palabra de casamiento á la hija, y despues esperanzas amorosas á la madre...

Fermin. Pues que me emplumen si él no mira todo esto como un inocente desahogo...

D.ª Leonor. Afortunadamente hemos llegado á tiempo de evitar un millon de disgustos.

D. Manuel. Y de curar á mi hermana de una clase de locura harto comun en la corte por desgracia.

D.ª Leonor. Con que es decir que esta vez solo tenemos motivos de complacencia?

D. Manuel. Sí, doña Leonor, por mi parte no podeis imaginaros el gusto que recibo cuando me acuerdo de que vamos á dar á un mismo tiempo dos lecciones. El arrepentimiento de vuestro esposo, y el desaire que por consiguiente va á recibir mi hermana en nuestra presencia; son dos cosas que la que menos ha de proporcionarnos mejor rato que el que disfrutarán otros muchos viniendo aqui al jardin de Apolo con el solo objeto de gozar de sus juegos, de sus bebidas y de sus bailes.

D.ª Leonor. Y quereis escarmentarlos asi en un sitio público?

D. Manuel. Tanto mejor, amiga mia; por eso mismo nada he querido deciros con certeza hasta este mo-

mento. Quiero que mi hermana reciba doble pesadumbre, temiendo que se trasluzca algo del solemne chasco en un lugar tan concurrido. Este es el mejor modo de conseguir que nuestro propósito surta todo el efecto que deseamos. Por otra parte, no es mi ánimo tampoco dar publicidad al suceso: tambien aquí en el jardin de Apolo hay bosquetes casi solitarios! este en que nos hallamos ahora por ejemplo...

D.ª Leonor. Sí, si; os he entendido.

Fermin. Aqui se acerca vuestro sobrino.

D. Manuel. Pues ánimo, que ya tenemos los moros en campaña.

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES. D. LUIS.

D. Luis. Señora doña Leonor...
vuestro soy...
D. Man. Hola sobrino!
D.ª Leon. Bien venido seais, don Luis.
D. Man. Supongo que habrás traido
á la familia...
D. Luis. Pues no!
á qué vengo yo á este sitio?
D. Man. Y con quién las dejas ahora?
D. Luis. Con don Fernando.
D.ª Leon. Dios mio!
al escuchar ese nombre
en vano yo me reprimo.
D. Luis. No puede, doña Leonor.
contener vuestros suspiros
este jardin delicioso?
Veis el inmenso gentío
que cruza sus frescas calles,
qué alegre está? No habeis visto
el columpio, la sortija,
los bailes, el laberinto,
el palacio...
D.ª Leon. No, don Luis,
nada de eso hemos aun visto.

D. Luis. Y hace mucho que aqui estabais?
D.ª Leon. Entrábamos ahora mismo.
D. Man. Quién ha de venir temprano
con calor tan escesivo?
El sol es muy respetable
en Madrid, y en el estio.
Las noches son otra cosa:
el ambiente fresquecillo
que se respira es muy grato.
Yo solo á estas horas vivo
en el verano...
D. Luis. Es muy cierto:
me sucede á mí lo mismo...
de ese modo no es estraño
que no hayais aun recorrido
el jardin: yo os aseguro
que os agradará infinito.
D.ª Leon. Del mismo modo lo espero:
mas con todo, amigos mios,
si vierais que indiferente
soy á todo...
D. Luis. Ahora conmigo
podeis venir, y veremos
el concurso divertido
como brinca y como juega;
y ese carácter sombrío
que en la presente desgracia
tanto en vos se ha sostenido
se borrará de tal suerte,
que no queden ni aun vestigios
de que pudo vuestro rostro
un momento estar marchito.
D. Man. Vereis retiradas grutas
llenas de amantes rendidos
jurándose una y mil veces
dulce y eterno cariño.
tambien vereis muchos otros
que se han jurado lo mismo
volverse su juramento
cual si lo hubieran cumplido;
vereis filósofos tristes,
cabizbajos, distraidos,

filósofos por amor
que lloran lo que han perdido,
en tanto que otros recogen
el fruto de sus suspiros;
vereis rendir á la vez
una niña á cuatro ó cinco
delante de su mamá
su corazon, su albedrio;
vereis encomiar sus diges,
su voluptuoso atavio,
su sombrero y sus encages,
sus lazos y sus prendidos,
pero jamás su virtud,
jamás su porte sencillo.
Ella les dará las gracias,
no en el familiar estilo,
sino con frases sonoras
que estudió antes en un libro
de trasgos, brujas y duendes,
de cavernas y castillos;
frases que solo entre ellos
tienen valor entendido.
Y de tanta y tanta charla
vendreis á sacar en limpio
que solo habeis escuchado
simplezas y desvarios.

D.ª Leon. Braba sátira por cierto.

D. Luis. Miren si tengo yo un tio
mas acre que Juvenal.

D. Man. Pues solo la verdad digo.

D. Luis. Voy á ayudaros un poco:
atended, mientras prosigo.
Vereis tambien muchos jóvenes
de esos que llaman *románticos*,
entre el bullicioso séquito
de la niña y la mamá;
que á todos dejan atónitos
con sus retumbantes términos
y mil frases hiperbólicas
que ellos no entienden quizá,
y mil aplausos y vítores
con bestial y brusco estrépito

salir del concurso estólido
podreis tambien escuchar;
y oireis á la niña intrépida
como maldice á los clásicos
y se pone de ira pálida
solo al oirlos nombrar;
y decir con tono díscolo
que no le gustan las églogas
ni mitológicas fábulas,
ni las flores, ni el abril;
que es mas grato en prision hórrida
á la luz de negra lámpara
esperar serena, impávida,
un verdugo, *un alguacil.*
Y en tanto la madre cócora
en su provecho solícita,
entretiene con su plática
á un barbilindo doncel;
y en sus ojos brilla el júbilo
al ver que la escucha plácido
y le agarra el brazo y... ¡mísero!
se sale á danzar con él.
Y los del baile por último
del bello grupo burlándose
en un momento tan crítico
los cercan en derredor,
y al joven en vez de lástima
le asalta un rapto de cólera
que hace brillar en sus órbitas
la vergüenza y el furor.

D.ª Leon. ¡Oh, qué censura tan rígida!
Por Dios que sois muy satírico,
cada palabra un epígrama.
Don Luis, esa es mucha hiel.

D. Luis. Pues aun hablo con escrúpulo,
porque sino cada sílaba
fuera un veneno mortífero
para algunos bien cruel.

(*Suena música algo lejana, el fondo se va llenando por grados de gente.*)

D.ª Leon. ¿Qué significa ese estrépito?

D. Luis. Nada, que suena la música.

D. Man. Una cuadrilla de zánganos.
va acercándose hácia aqui.
D. Luis. Y nosotros tan pacíficos...
Doña Leonor... apropósito,
(Dándola el brazo.)
vamos al baile.
D. Man. Acertástelo.
D.ª Leon. Veremos el baile, sí.

(Entranse por el fondo y se confunden entre otros grupos: el baile durará algunos momentos; D. Manuel y Fermin le estarán mirando desde la escena.)

ESCENA III.

D. MANUEL Y FERMIN.

D Manuel. Voy á hacerte una pregunta que no debe estrañarte.

Fermin. Sabe usted muy bien que puede decirme cuanto guste.

D. Manuel. Pues bien, en la inteligencia de que no te lo pregunto por falta de misterio: vas á declararme con toda sinceridad si es cierto no haber mediado mas que lo que tu señora me ha dicho antes de la venida de su esposo.

Fermin. Juro á fé de hombre de bien que ninguna causa ha mediado que pueda disculparle de haber obrado con tanta ligereza.

D. Manuel. ¿Con que de ese modo crees tú que D. Fernando reconocerá sus errores en cuanto Doña Leonor se le presente?

Fermin. Sí, señor, yo espero que se arrojará á sus pies arrepentido porque pasados los primeros momentos de sus raptos estrafalarios, no es posible que pueda encontrarse un hombre menos dueño de sí mismo, y que mas dispuesto se halle á dar satisfaccion de sus injurias.

D. Manuel. Todo eso está muy bien; pero yo no me contento con esperanzas, quisiera una seguridad.

Fermin. ¿Y cómo es posible que yo pueda asegurar una cosa que depende de otro?

D. Manuel. Tienes mil razones; pero no será fuera de

propósito irlo previniendo todo de modo que salga mas facilmente á medida de nuestro deseo.

Fermin. ¿Y qué prevenciones pueden hacerse en el particular?

D. Manuel. Por ahora una y muy sencilla.

Fermin. ¿Y cuál es?

D. Manuel. Que te presentes á D. Fernando antes que tu señora.

Fermin. Ya; para probar si mi persona le enternece?

D. Manuel. Cosa parecida: para ver que efecto causan en su ánimo las noticias que le des de su esposa, que por supuesto han de ser tristes.

Fermin. Entiendo: como por ejemplo, que se ha muerto de sentimiento ó de celos, ó que se halla á punto de espirar...

D. Manuel. Pues.

Fermin. Estoy enterado: desempeñaré mi papel á las mil maravillas.

D. Manuel. Muy bien: voy á buscar á Doña Leonor.

Fermin. Sí; vamos, vamos: aseguro á usted que he de conmover á D. Fernando.

ESCENA IV.

D. FERNANDO *solo.*

Jesus, Jesus que muger
tan cócora, ¡Dios eterno!
no es muger, es un infierno
en que ya me he visto arder.
Por do quiera se la encuentra:
en el baile, en el café,
perenne sombra de usted
ella sale si usted entra.
Y al último y al principio,
y luego, y despues y al medio
ha de bailar sin remedio:
vamos, si no pierde ripio;
y cierto que es ilusion
la que ella causa bailando,
y al mismo tiempo ensayando
tanta estraña contorsion.

¡Qué saltos y cuántos giros.
¡qué repugnantes miradas!
¡cuántas grotescas monadas,
y qué chocantes suspiros!
y otra vuelta por aqui;
y volvámonos allá.,
que allí mejor se estará;
porque hay jóvenes allí,
y que quiera ó me resista,
que me cause ó no embarazo
ha de agarrarse á mi brazo
por fuerza .. ¡brava conquista!
y no hay escape por Dios.
Mas que rabie y que me aflija;
que por fuerza el que ame á su hija.
ha de obsequiar á las dos.
Isabel, ya es otra cosa,
y á su lado es maravilla,
joven hermosa y sencilla
y cual bella virtuosa...
¡Oh, y yo que tras de su amor
por capricho ó por antojo,
hoy insensato me arrojo,
no soy mas que un seductor.
¡Ay, mi Leonor!... yo la vi
cuando de su lado huia...
¡Qué bella estaba aquel dia!...
¡Todo entonces lo perdí!

(Retírase á un lado como pensativo sin ver ni ser visto por los que entran hasta que lo indican los versos.)

ESCENA V.

ISABEL. DOÑA INOCENCIA. D. LUIS D. FERNANDO.

Isabel. Me ponderaba mi hermano
del bello jardin de Apolo
las fiestas...
D.ª Inoc. Por eso solo,
nunca os fuera yo á la mano.
Isabel. Acaso mas me decia?

D.ª Inoc. Si dijo ó no dijo mas
eso tú te lo sabrás.
D. Luis. Deje usted esa manía.
D.ª Inoc. Pues lo dicho! hablar asi
en secretito los dos
no lo consiento...
Isabel. Por Dios!...
D.ª Inoc. Hola! don Fernando aquí?...
D. Fern. No sé porque así me aflijo
y me lleno de impaciencia...
mas, calla! Doña Inocencia
y con ella viene su hijo.
D.ª Inoc. Pues cómo no baila usted?
(*Durante este diálogo, D. Luis é Isabel se estarán paseando solos por el fondo.*)
qué triste! qué macilento!
cómo es posible...
D. Fern. Me siento...
D.ª Inoc. Con mal de amores?
D. Fern. Tal vez.
D.ª Inoc. No creí que erais tan fragil...
ese semblante... qué mustio!
Cuando yo de amor me angustio
por lo menos estoy ágil.
Nada de Isabel decis?
D. Fern. Debo pedirla perdon.
Todo ha sido una ilusion.
D.ª Inoc. Cómo!... qué!... os arrepentis?
D. Fern. Amarla me es imposible
sin ser un hombre sin fe.
D.ª Inoc. Si amais á otra ya se vé;
mas, cómo será posible?
Tan acendrada pasion,
de amor tanto frenesí,
se deja ó se olvida asi?
Me llenais de admiracion...
pero advierto que remiso
estais... cómo esa mudanza?
Mi corto entender no alcanza...
D. Fern. (Disimular es preciso. *Aparte.*)
Pensaba una linda cosa
que á usted atañe...

D.ª Inoc. Malicia.
Hágame ested mas justicia.
D. Fern. (Hay vieja mas fastidiosa? *Aparte.*)
D.ª Inoc. Lo que es de amores por mí,
puede usted estar tranquilo.
D. Fern. Si no digo yo...
D.ª Inoc. Sigílo,
que estan mis hijos aqui
y á solas se han de tratar
estas cosas.
D. Fern. Pero que...
D.ª Inoc. Vamos, si yo bien lo sé;
para qué disimular?
Dé usted conmigo una vuelta.
que no es aqueste lugar
de asuntos tales tratar.
D. Luis. Lo harás así?
(*Isabel y don Luis habrán vuelto á la escena; pero prosiguen hablando aparte.*)
Isabel. Estoy resuelta.
D.ª Inoc. (Bueno es que de mí se acuerde;
le ha encantado mi donaire. *Aparte.*)
Teme usted algun desaire?
D. Fern. (De esta vez el seso pierde.)
Qué desaire, ni qué...
D.ª Inoc. Chito.
D. Fern. Yo...
D.ª Inoc. Silencio; si lo oyeran...
D. Fern. Y qué importa?
D.ª Inoc. Qué dijeran?
D. Fern. Jesus, Jesus, yo estoy frito.
D. Luis. No estes ya mas vacilando;
me lo prometes?
Isabel. Lo juro.
D. Luis. Entonces ya estoy seguro;
hablemosles. Don Fernardo?
D. Fern. (Dios te lo pague; salí
de esta tremenda agonia. *Aparte.*)
Soy vuestro, don Luis...
D. Luis. Decia,
que se pasa el tiempo aqui
muy dulcemente...

D. Fern. Es verdad.
D. Luis. Y vos que seguis las huellas
de una multitud de bellas
mucho mejor...
D. Fern. Perdonad:
yo me contento con una;
vos como sois mas galan...
D. Luis. De todas las que aqui estan
yo no me inclino á ninguna.
D. Fern. Eso es hacer una ofensa
á todas las del jardin.
D. Luis. Perdonadme, paladin:
podeis tomar su defensa.
D.ª Inoc. Por vida de... ahora me acuerdo...
he visto, Luis, muy ufano
con su muger á mi hermano.
D. Luis. (De risa el sentido pierdo:
esto es mas original.)
D.ª Inoc. Digna es del viejo marido:
el rostro descolorido,
el gesto sentimental.
Lanza sollozos sin fin,
por no dar al viejo enojos
lleva clavados los ojos
en el cesped del jardin.
Isabel. Cómo! los vió usted aqui?
D.ª Inoc. Aqui mismo, sí.
D. Luis. De veras?
D.ª Inoc. Asi una renta tuvieras:
con estos ojos los ví.
D. Fern. Será muger muy amable?
D.ª Inoc. Yo no lo sé...
D. Fern. Cómo no?
pues que, usted no los habló?
D.ª Inoc. Ni quièra Dios que los hable.
Y dejemos ya de hablar
de ellos porque me incomodo
de tal manera...
Isabel. Con todo,
yo los quisiera encontrar.
D.ª Inoc. Puedes buscarlos, que yo
con don Fernando me voy.

Id los dos juntos...

D. Luis. Estoy.

D. Fern. (No hay remedio, me prendió.)

ESCENA VI.

ISABEL Y D. LUIS.

Isabel. Has visto genio mas raro,

D. Luis. Singular es su carácter.

Isabel. Mi madre es, pero conozco...

D. Luis. Que es como son muchas madres,
que á la sombra de sus hijas
quieren en las sociedades
hacer su papel...

Isabel. Por cierto
que es papel bien miserable.

D. Luis. Hermana, llegó ya el tiempo
de que con franqueza te hable.
Te conozco demasiado
y espero que no te amarguen
mis palabras, como suelen
siempre amargar las verdades.

Isabel. Díme, Luis, cuanto tú quieras;
dispuesta estoy á escucharte.

D. Luis. Si no tomas mis consejos,
muy pronto vas á labrarte
cuando no tu ruina, al menos
un sinnúmero de males.
Tiempo has tenido de ver
que solo es un botarate
ese don Fernando...

Isabel. Sí,
le conozco lo bastante.

(Don Enrique va á salir y se queda entre bastidores.)

D. Enr. Aqui Isabel con su hermano?
oigamos un breve instante.

Isabel. Estoy ya muy pesarosa
de haber hecho algun desaire
á Enrique...

D. Luis. No sabes tú

los disgustos y pesares
que tú le has acarreado
tan luego como empezaste
á recibir los obsequios
de don Fernando...

Isabel. No es tarde:
y conozco mis errores;
si él es amador constante
olvidará sus querellas.
Pero tambien se retrae
mucho desde que...

D. Luis. No temas
que él es amador constante
y no olvidó su cariño.

D. Enr. (Y juro nunca olvidarle.) (*Saliendo.*)

ESCENA VII.

DICHOS. D. ENRIQUE.

D. Enr. Adios, Isabel... Don Luis.

Isabel. Hola Enrique!

D. Luis. El cielo os guarde.

Isabel. (Ay Dios! si acaso habrá oido
lo que hablábamos?)

D. Luis. Llegasteis
á buen tiempo, amigo mio.

D. Enr. Estraño es, porque yo tarde
siempre he llegado.

D. Luis. No hay tal.

D. Enr. Como de bienes se trate,
seguro.

D. Luis. Pues me parece
que no hablábamos de males
en este momento, y vos
nos ocupábais...

D. Enr. Bien sabe
el cielo lo que agradezco...

D. Luis. Dejad cumplidos aparte.
A qué viene esa modestia?

D. Enr. Quien de prudente hace alarde...

D. Luis. Don Enrique, la prudencia

no consiste en ser cobarde.
Os dejo con Isabel,
voy á buscar á mi madre
y vuelvo al punto...

D. Enr. Id con Dios.

Isabel. Pero Luis...

D. Enr. Se fue, ya es tarde.

ESCENA VIII.

ISABEL Y D. ENRIQUE.

(*Estarán sin hablar algunos momentos.*)

D. Enr. No oí de su boca
palabras de paz?
que salga del pecho
mi amoroso afan.
Isabel!

Isabel. Enrique...

D. Enr. Ya no puedo mas;
yo te adoro...
(*Se arrodilla: la toma una mano.*)

Isabel. Cielos!
si alguno vendrá...

D. Enr. Qué importa? no me oyes?

Isabel. Y asi habeis de hablar
en sitio á que puede
cualquiera llegar
y vernos?...

D. Enr. El mundo
qué me importa ya?
que venga y que vea...

Isabel. Yo os lo mando, alzad... (*Levantándose.*)

D. Enr. Sí, sí; tus mandatos
mis leyes serán...
tu arrepentimiento,
divina beldad,
aqui á un lado oculto
yo pude escuchar:
ya estoy satisfecho
de tu lealtad.

Isabel. Y qué, me perdonas?
D. Enr. Perdon pides... ah!
tus ojos de fuego
diciéndome están
que me amas... y pides
perdon?... ¡por piedad!
Isabel. Te adoro, sí, Enrique,
y mi amor será
eterno, constante:
quiero así pagar
tu amor verdadero,
tu fidelidad,
tu tierno cariño...
D. Enr. ¿Y no olvidarás
nunca esta promesa
que empieza á labrar
entre mil dulzuras
mi felicidad?
Isabel. Nunca, Enrique mio:
lo juro, jamas.
Cifro en tu cariño
mi dicha eternal.
D. Enr. Yo á tus pies postrado
de amor en señal.
Isabel. Qué ruido!... ay Enrique!
No dije? mamá
nos ha visto.
D. Enr. Cómo!
Isabel. Sí, sí; levantad.
no en vano temia:
ay Dios!... qué dirá?...

ESCENA IX.

LOS ANTEDICHOS. DOÑA INOCENCIA. D. FERNANDO.

D. Enr. Y es verdad... pues cómo diablo?...
Isabel. Ya no hay remedio, paciencia.
D. Fern. No vió usted doña Inocencia
aquel donoso retablo?
Vuestra hija con un doncel
el grupo estaba gracioso...

D.ª Inoc. Lleguemos...
Isabel. Apenas oso
alzar la vista.
D.ª Inoc. Isabel!
Isabel. Mamá...
D.ª Inoc. Don Enrique, vos
sois demasiado atrevido.
D. Enr. Señora... perdon os pido,
Isabel. Sí, perdon para los dos.
Y vos mediad, don Fernando,
si teneis buen corazon...
D. Fern. Qué escucho?... es esto ilusion?
sin duda yo estoy soñando.
Mientras vos me desairáis
vuestra madre me enamora...
D.ª Inoc. Pues buen remedio...
D. Fern. Señora!
tambien sin duda soñais.
Hablemos claros...
(*Fermin cruza por el fondo la escena.*)
Mas... cielos!
Aquel que cruza el jardin
mi parece... sí, es Fermin;
cesaron ya mis desvelos:
ya el fin de mis males toco
quizá con él mi Leonor...
A Dios! á Dios!....
(*Marchándose con precipitacion.*)

ESCENA X.

DICHOS *menos* D. FERNANDO.

D.ª Inoc. Qué furor!
sin duda se ha vuelto loco.
Venid, no os marcheis.
(*Se va detras de D. Fernando y vuelve.*)
Isabel. Mamá...
D. Enr. Si me dais licencia, yo
iré á buscarle.
D.ª Inoc. No, no;
él á este sitio vendrá.

Es mi futuro.

Isabel. De usted?

D.ª Inoc. Ya no me importa el secreto:
de su amor soy yo el objeto.
Por mí delira esta vez.
Yo, hija mia, mucho siento
robarte á tí esta fortuna...

Isabel. Si para mí hay dicha alguna
se cifra en vuestro contento.

D. Enr. Entonces, no en vano aspiro
á la mano de Isabel.

D.ª Inoc. Si ella consiente...

Isabel. Por él
ya sabe usted que suspiro
hace algun tiempo.

D.ª Inoc. Sí, sí.

Isabel. Que nuestro amor es antiguo...

D.ª Inoc. Verdad, y yo lo atestiguo.

Isabel. Y sabe usted que admití
solamente á don Fernando
por daros gusto.

D.ª Inoc. Tambien.

Isabel. Estais contento?

D. Enr. Mi bien!
de júbilo estoy llorando.

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES. DOÑA LEONOR. D. MANUEL. D. LUIS.

D. Luis. Todo nos sale mejor
de lo que yo me esperé.

D.ª Leon. Cuándo á mi esposo veré?

D. Luis. Muy pronto, doña Leonor.

D.ª Inoc. No buscabas á Manuel?
Pues ya le tienes ahi:
yo no quiero estar aqui;
me marcho.

ESCENA XII.

DICHOS, *escepto* DOÑA INOCENCIA.

Isabel. Tio!
D. Man. Isabel! (*Abrazándose.*)
Mi hermana me vió llegar
y por esto se marchó;
qué importa si no impidió
que te pudiera abrazar?
D.ª Leon. Vuestra sobrina es hermosa;
es muy bella: amada mia!
(*Besando y acariciando á Isabel.*)
Isabel. Esta señora, es mi tia?
Qué amable, qué cariñosa!
D. Man. No, Isabel; esta señora
solo es tu amiga...
Isabel. Ya siento,
que se minora el contento
que antes tuve...
D. Enr. Encantadora!
D.ª Leon. Isabel!... ah!.. repetid
esas palabras. (*Enternecida.*)
Isabel. Llorais?...
(*Todos vuelven la cabeza hácia el fondo.*

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA INOCENCIA. D. FERNANDO, *y detras* FERMIN.

(*Doña Inocencia saca agarrado á don Fernando por la solapa del frac.*)

D. Fern. Pero qué es lo que intentais?
D.ª Inoc. Ahora lo vereis, venid.
Quiero hacer ver á mi hermano
que si él muger ha tenido,
no me falta á mí marido.
D. Fern. Soltad ya...
D.ª Leon. Dios soberano!
D. Fern. Tú aquí!
(*Corriendo hácia doña Leonor y abrazándola.*)

D.ª Leon. Fernando!
D. Fern. Mi dueño!
esposa mia!
D.ª Leon. Cruel!
D.ª Inoc. Pues no es muger de Manuel?
Sin duda es cierto que sueño.
D. Fer. No en vano mi corazon
hoy mas que nunca agitado
por tí, esposa, ha suspirado;
cuánto te debo!... perdon!
A tus pies arrepentido.
(*Quiere arrojarse á los pies de doña Leonor, esta se lo impide y quedan abrazados otro momento.*)
D.ª Leon. Dame mil veces los brazos.
Fermin. Ya llegan á los abrazos?
Lo que vale ser marido!
D.ª Inoc. Don Fernando, poco á poco.
El amor que me jurásteis,
tan temprano lo olvidásteis?
Si digo yo que estais loco.
D. Fern. Lo estuve, decis verdad;
locura fue mi estravio:
confieso mi desvario;
soy franco, disimulad.
Isabel con mas razon
puede mostrarse quejosa.
Isabel. Yo unida con vuestra esposa
os concedo amplio perdon.
D. Fern. De amigos venga la mano.
(*Dando la mano á don Luis y á don Enrique.*)
Y á ejemplo usted de Isabel
Perdóneme don Manuel...
D.ª Inoc. Yo á nada de eso me allano.
Qué laberinto!... por Dios...
Quién me descifra este enredo?
Me parece que bien puedo
saber quienes son los dos.
Fermin. Son esposos.
D.ª Inoc. Ay qué infamia!
que prendan á esa muger! (*Gritando.*)
Fermin. Y por qué la han de prender?
Ya es lícita la bigamia.

D.ª Inoc. Muger de dos!... necio hermano.
D. Man. Te engañas, mi muger no;
jamas me he casado yo:
aun está libre esta mano.
Lo que yo una vez juré
lo cumpliré hasta morir.
D.ª Inoc. Eso ya es mucho mentir
cuando de fijo lo sé.
La carta que me dió Luis...
D. Man. Una farsa ha sido todo.
D. Luis. La diremos á usté el modo
y el por qué...
D.ª Inoc. Me confundis.
D. Luis. Enrique á Isabel amaba
y su mano pretendia;
dársela usted no queria,
que era lo que yo intentaba.
En tan crítica ocasion
discurrí que era buen medio
poner al mal el remedio
de la boda y sucesion:
por eso casé á mi tio,
por eso un hijo le dí.
D.ª Inoc. Reniego de él y de tí.
D. Man. Reconoce tu estravio.
D.ª Inoc. Con tal que no perjudique...
D. Man. La herencia es tuya...
D.ª Inoc. Manuel!
D. Man. Es tuya, sí, y de Isabel
si se casa con Enrique.
D. Enr. Tanta dicha es ilusion!
D. Fern. Todos felices quedamos.
D. Luis. Ahora, madre, no dudamos
alcanzar vuestro perdon.
D. Man. Ya ves te le piden ellos.
D. Fern. Y yo tambien os lo pido.
D. Man. Oh, todos hemos cogido
la ocasion por los cabellos.

FIN DE LA COMEDIA.